



Ricardo Senabre (Alcoy, 30 de noviembre de 1937) falleció el 5 de febrero de 2015 en Alicante. Ilustre representante de la Escuela de Filología Española, estableció una temprana y estrecha vinculación con la Universidad de Salamanca hasta el final de sus días.

Después de estudiar los «comunes» de Filosofía y Letras en la universidad de Zaragoza, ingresó en la Alma Mater salmantina para seguir la especialidad de Filología Románica, que culminó en 1960 con premio extraordinario, y realizar el doctorado también con premio extraordinario en 1964, mediante una tesis sobre la lengua y estilo de Ortega y Gasset. Enseñó y se encargó de la docencia de diversas asignaturas en una época de esplendor en la Facultad de Filología, ubicada en el Palacio de Anaya, donde impartían sus lecciones destacados docentes, como Fernando Lázaro Carreter, José Luis Pensado, Luis Cortés, César Real de la Riva y Alberto Navarro.

La efervescencia de la vida universitaria, con reflejos de las turbulencias de mayo del 68, no impedía que el aula donde explicaba Don Ricardo, con seriedad acompañada de brillantez expositiva e ironía proverbial, estuviera siempre repleta. Su talante otorgaba confianza a numerosos alumnos de los últimos cursos para que les dirigiera la elaboración de las populares Tesinas. En estos primeros trabajos de investigación aprendieron

IN MEMORIAM
M^º JESÚS MANCHO DUQUE
CATEDRÁTICA DE LENGUA ESPAÑOLA

**EN RECUERDO DE
RICARDO SENABRE**

Su comprensión y competencia científica constituían una garantía de fluidez en el trabajo y el elevado nivel de resultados



dieron la importancia del método en la filología y la aplicación de los primeros rudimentos de la práctica investigadora. Algunos de ellos proseguirían más adelante con las Tesis doctorales. Su comprensión y competencia científica constituían una garantía de la fluidez en el desarrollo del trabajo y del elevado nivel de los resultados. En su curriculum constan 43 las dirigidas por su talento investigador.

Con posterioridad, Ricardo obtuvo la cátedra de Gramática general y Crítica literaria. Especial trascendencia supuso el encargo ministerial de dirigir el Colegio Universitario de Cáceres, que se transformaría poco después en la Universidad de Extremadura. A ella condujo bastantes discípulos de la Universidad de Salamanca y en ella desempeñó el cargo de decano durante un intenso periodo.

A partir de 1985, la cátedra de

Gramática general y Crítica literaria se desglosó en Lingüística general y Crítica literaria, posteriormente denominada Teoría de la Literatura. Don Ricardo optó por la segunda y se reintegró en 1986 a la universidad salmantina en la que permanecería hasta su jubilación, voluntariamente alejado de los cargos de responsabilidad y de los puestos de gestión.

En la Facultad de Filología, en la especialidad de Filología Hispánica, Eugenio de Bustos Tovar, Antonio Llorente Maldonado, José Luis Pensado y José Antonio Pascual trazaban las directrices del Departamento de Lengua Española. En torno a estas relevantes figuras un grupo de jóvenes profesores se preparaba para obtener un puesto estable y reforzar la consolidación de los estudios filológicos hispánicos salmantinos. Don Ricardo prestó un

desinteresado apoyo moral a muchos de estos aspirantes, especialmente si se trataba de mujeres, conocedor de las dificultades añadidas a las que debían enfrentarse, como consecuencia de las reticencias de unas instituciones –en coherencia con la propia sociedad en que se desarrollaban–, poco habituadas aún a la presencia femenina en posiciones de relevancia universitaria.

Desde el área de Teoría de la Literatura desplegó Don Ricardo una intensa dedicación al análisis de los textos literarios. Lírica y novela recabaron predominantemente su atención: bien de los clásicos del Siglo de Oro (Fray Luis, Herrera, Quevedo), como de los representantes insignes de las corrientes del XX (Machado, Juan Ramón, Alberti, etc.). En la narrativa le atrajeron los grandes autores (Gracián, Cervantes, Galdós, Baroja o Unamuno). A todo ello se sumarían ediciones modélicas: Zorrilla, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, etc. El resultado de esta actividad ininterrumpida hasta el final se plasmó en una veintena de libros y más de trescientas publicaciones científicas (artículos, capítulos de obras colectivas, prólogos, etc.).

Paralelamente a la labor filológica, desarrolló la faceta social de crítico literario, desempeñada con gran independencia, mediante más de doscientas colaboraciones en los principales periódicos nacionales, 'ABC' Cultural –las famosas «terceras»–, 'La Razón', El Cul-

tural de 'El Mundo' y también salmantinos- 'La Gaceta de Salamanca', 'El Norte de Castilla', etc.

En Salamanca organizó las primeras ediciones del Premio Ciudad de Salamanca, tanto en la versión de Poesía como en la de Novela, en el que participaron eminentes críticos, poetas y novelistas. Fue también miembro permanente del jurado del Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, durante veinte años consecutivos.

Y vinieron los reconocimientos públicos: Encomienda de Alfonso X el Sabio, Medalla de Extremadura, Medalla de Oro de esta Universidad, Medalla de Honor de la Universidad Menéndez Pelayo, Doctor Honoris Causa por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, etc. Honores merecidos a los que superan, sin embargo, los que habiéndolos merecido no se le concedieron; aunque el mayor de todos no es visible: el del profundo aprecio de sus alumnos por un profesor que promediaba a partes iguales la formación científica y el deseo de enseñar.

La discreción de Ricardo Senabre celó el agravamiento inexorable de una dolencia pulmonar en los últimos tiempos a muchos amigos, incrédulos ante una desaparición tan dolorosa como insospechada. Fue esta decisión de exigencia de estricta intimidad, rigurosamente respetada por su familia, la última lección de un humanista, maestro y filólogo de la Universidad de Salamanca.